

otra vez todavía vuelve el más temible odio
 a aposentarse junto a nosotros que miramos el trigo
 desde la tarde hambrienta otra vez y por eso atormentamos
 el lecho con una resistencia débil se nos desmanda
 la dureza de los puños contraída y rezamos calumnias
 tememos temor de soledad tumor de muerte rezamos
valor vuelve a la vida lo mismo de atónitos que el cielo
 que los antiguos ancestrales humanos y también cantamos
 en las cocinas con alguna familia reunida alrededor
 de ternura y una hogaza marrón y carozos desgranados
 también entre mazorcas volvemos a cantar
 alguna canción en la que faltan muchos versos
 compréndelo nos huye la memoria pero también cantamos
 en silencio los quejidos de nuestros amigos muertos
 que alumbran los tramos de pasillo donde hay miedo

¿lo recuerdas? nadie habla y está oscuro tan inmenso
 es el silencio ahí cantamos los quejidos de nuestros poetas
 muertos y también guitarras y vallejitos y las profundas hendiduras
 de tus mirares y las devastadas colinas de tu frente
 en esta foto de mi agenda y el calambre de tu cuerpo
 quietadísimo y también cantamos tu penar estás muy serio
 César estás muy serio así de muerto no nos vayas a eludir
 en tu penumbra que nosotros estamos tristes porque mira
 ¿por qué se han de perecer los que tenéis raíces inmortales?
 mira la destrucción échate a andar levántate regrésanos
 y ponte la camisa yacente de los pies de tu tumba
 que con sus autos blindados lo están despaisajando el suelo
 con sus pezuñas nos enlodan los manteles zurcidos
 y echados a secarse bajo el sol de los patios
 con sus salivas encharcan los mandiles de las madres
 que sobreviven gastadas nos desencajan
 la clemencia de las mandíbulas

escúchame vivir renácenos

de este incalculable miedo doliendo doblemente
 a cada paso renácenos hermano
 que nos despiezan con sus átomos y no tenemos lázaros apenas
 que nunca llegó a tanto la maldad ¿tú lo comprendes?

(1978)

Alfredo Buxán

César Vallejo de hito en hito

En la caudal raíz
 del fondo del sepulcro llameante
 en donde el hombre no,
 en donde ardientemente sí que no,
 desde hacia, casi, nunca,
 apenas donde el alma y su uña brillan.
 Desde tus libros y su cráter,
 desde esa flama de tus versos
 —lóbregos, áureos, prístinos—
 testimoniase un niño,
 un surco hambriento estírase,
 un pan de Zurbarán se transparenta.
 Una palabra nace, César, tuya,
 de tu bastón florido en otro bosque,
 donde el dolor nos ama tanto, a muerte,
 donde el poema enclávase y nos mira
 un clavel con tus huesos como escombros,
 —un verso ahincadamente en su atributo—
 la luz y sus diamantes refiriendo,
 hablándonos, hablándonos, hablándonos
 hasta hacernos temblar, llorar, cantar
 mientras que tú nos miras de hito en hito.

Eladio Cabañero

«Qué números exactos calculán la miseria!»

César Vallejo: ¿qué números exactos calculan la miseria?
 ¿qué 3 hizo traición al 5 desde el mendrugo de pan?
 Comido con rostros famélicos y una mano olvidada
 y tanta sangre ¿para qué? En el atemporal horror,
 de cerciorarse el cuerpo, de tanto hombre noble,
 en el maniqueo censo de muerte fraternal, pero con odio.

Llovía sobre París y tu alma grande se te iba derritiendo de dolor.
Sin rencor al malo, te pusiste junto a los buenos. ¡Aparta,
España, de tu sombra, el recuerdo de este mundo,
César, que huele a hedor, a crimen organizado!

Tú atisbabas

César, la España eterna, la que soñaste
en Santiago de Chuco, en sus indígenas paredes,
que era también cierta pared de España que se desmoronó
por la infamia de aquellos que en la última cena
sabían que iba a morir.

¡España, terrible
enfermedad hemosa, cuántas metáforas necesita el cuchillo
que ante tu atónita mirada, César, arrojó
después de muertos a las llamas a la estirpe
de los Quijanos, de las Teresas y los Lazarillos,
a la estirpe de aquellos que te dieron el verbo
para que incendiaras de ternura a los seres anónimos?!

No. 1936 era la Era del escarnio, con el eco
del canto popular, 1936 pudo ser la esperanza y
para tantos! fue el desconsuelo, César, el desconsuelo.

Jesús Cabrera Vidal

Vallejo 88

Cincuenta años de muerto es ya para dejarlo
y ponerse a pensar de nuevo en cosas,
y dar con la esperanza en el tabique,
a ver si Dios es bueno y resucita.

A los cincuenta años ya están los huesos limpios,
rodeados de un polvo familiar y discreto;
ya puede levantarse la tapa sin escrúpulo
sin miedo a que la muerte ponga perdido el campo.

A los cincuenta años de muerte se desea
ver otra vez la lluvia llorando los cristales,
despertar una rosa, dar de comer a un pobre,
acariciar un pecho, charlar con un amigo;

sin pedir demasiado, tener un ojo de esos
que se guardan en frío, mirar por una grieta
lo que pasa en el mundo, lo que sueña en el mundo,
lo que del mundo quise, si es que aún queda algo.

¿Por qué no suena pronto la trompeta?
¿Por qué no me trasvasan para dejarle sitio
a muertos más recientes? Yo ocupo poco espacio
ya. Quitadme ese rótulo, si es que no hay otra forma
de salir de esta cárcel, y dejad que me olviden
por las cosas que dije, por la historia que tuve,
por la guerra perdida, por el amor sin vuelta.
Dejadme que me acabe de morir en mis páginas.

Alfonso Canales

Descubierta

A César Vallejo, pidiendo disculpas.

Como una visita apurada
que no tiene nada que hacer en la casa
del Señor,
sólo quiero irme cuanto antes,
irme, irme, huir de los ojos de tus altos
invitados, pequeño pensativo
de cejas muy amigas.

Le dejaré al servicio un papel con poemas
que aún no habías escrito.

Olvidas que los besos que nos dimos
llevaban el correo de cajones y migrañas
anónimo, aún anónimo.

Luisa Castro

César Vallejo

Armado con un hierro de asaz fecundidad
no despreciaba el tallo de un beso por los labios
su ingerencia perfectamente hábil,
su contaminación y su ventaja
sobre lo consentido.

Armado con un fuego de palabra y silencio,
un poder de gobierno sobre lo escandaloso,
un plagicida seductor y noble
contra las convenciones,
no consintió extorsión.

Armado con un vaso de ternura agredida
y un espejo con aguas para mirar el mundo
y un vigilante orgullo
y un severo y diario sentirse no feliz,
fue como un viento humano
arrastrando las lluvias al desierto
o el corazón a un bosque.

Armado con un lujo de aparente locura,
igual que una bandera cuando la ostenta el aire
o el polen de un sauzal,
supo verter la vida
en un destino de oro.

Manuel de César

Lectura de Vallejo en la oscuridad

Tanto como los párpados le ciega
 La noche. Sólo unos momentos previos
 Al alba, vano el sueño, este hombre
 Se sabe un hombre. Vive en casa ajena.

No habrá signo más fiero que la luz
 Desterrándolo. El sol le cercará.
 Han de herirle los símbolos que habita.
 Adentro, sin saciar, la sed de noche

Retuerce su palabra, la manera
 Indómita de sangrarse la mirada.
 Con él busco la soledad de ciertos

Desalmados paseos otoñales
 Que sólo turba muy de vez en cuando
 Algún simón de andar ensimismado.

José Angel Cilleruelo

Huésped en la guerra

Me gustaría descubrir hoy de nuevo la esperanza,
 asomarme a la tienda donde ofrezcan
 proyectos de felicidad amanecidos de sonrisas;
 ir escuchando la trepidante bulería de Santiago
 mientras aún queda el anhelo de sobornar al rey mago
 y entrar en el saco de la ilusión,
 recogiendo siquiera los colores de la luz
 antes de que desaparezca la llave de las siete puertas.

Quisiera recordarte humilde, audaz,
 arrogante, cariñoso, insufrible,
 ángel de la guarda y exterminador,
 repartiendo tu sufrimiento con manos exaltadas,
 extrañándote de que el mundo no esté hecho para todos,

cáliz que beberemos ahora que la vida
es un desquiciado subeybaja de ambiciones
con alma de ordenador y alas cenicientas.

Perder el amor cuando llega la paz
en algún rincón de nuestro rompecabezas.
No era la salud de Dios lo que importaba
para que el abrazo creciera espeluznante de espaldas,
la eternidad cambiándose de traje cada día,
no es grata la muerte
cuando aún hay tantas cosas que besar
y el delirio o el deseo transportan el mañana.

El corazón del exilio. España borboteando
ríos de incompreensión y de cañones,
abierto el dolor cuando la ternura es reclamo
y una súplica tiembla en el sentido.
La historia atardece. Muere Federico.
La plegaria desciende a los infiernos
y resucita al tercer año la tristeza
de saber que todo aliento es ya derrota.

Eugenio Cobo

Vallejo habla con sus madres

¿Por qué las madres se duelen de hallar en-
vejecidos a sus hijos, si jamás la edad de ellos
alcanzará a la de ellas? ¿Y por qué, si los hijos,
cuando más se acaban, más se aproximan a los
padres?

César Vallejo, «El buen sentido»

Blandengues y mimados,
carentes de carácter,
para la inmadurez consentida
hemos sido educados.

Terminamos haciendo daño.
Nunca afrontamos nada.

Pero el tiempo acaba
 por ponerse de nuestro lado.
 Lo que fue rubor y pena
 se convierte en anécdota barata.

En consecuencia:
 Déjame llorar como entonces.
 Arrepentirme como antes.
 Que estas palabras sólo afloren
 si logran quemar la grasa.

Todo poema puede ser asco
 pero también una voz muy leve
 arrullándote despacio.
 Diciendo «hasta mañana».
 Haciendo del miedo nada.

Sosténme en el aire
 que me caigo.
 Déjame flotar
 entre tus brazos.
 Bésame despacio,
 Madre.

Juan Gustavo Cobo Borda

Incendiario y ladrón

Este lunes de 1920
 no se parece ya a Rubén
 ni en el rojo
 esplendoroso del vino:
 si un día
 favorable en París
 lo he de beber: poema
 aparta de ti mi cáliz:
 dice el cáliz de la rosa
 pero invade